

# Exaltación del fracaso

JOSÉ JAVIER AMORÓS AZPILICUETA

## A. PARTE TEÓRICA

El triunfo de los demás es cosa del azar. Que vaya unido a cincuenta años de duro trabajo diario y a una inteligencia brillante, en nada disminuye su aleatoriedad. La suerte, pues; esa facultad que el prójimo posee en grado eminente. ¿Cómo no creer en la suerte si -como suponía Jean COCTEAU- es el único modo de explicar el éxito de aquellos a quienes detestamos?.

Y la gloria, una ulceración de la sensibilidad a la que todo tiende en la vida pública. Esta sociedad igualitaria del décimo año triunfal educa a sus ciudadanos en la filosofía salvaje de los vencedores: el adversario no sólo debe ser sometido, sino aplastado y escamecido también. Los bienintencionados, los bien educados, los humildes, los discretos, los menesterosos, son apartados del camino de los héroes con la misma indiferencia con que los espartanos abandonaban a sus criaturas más débiles, o el maestro ROUSSEAU iba depositando a sus cinco hijos en la inclusa, según nacían, para que no perturbaran la tranquilidad mental que necesitaba su trabajo crea-

dor. Nadie puede llamarse intelectual, artista, gobernante o salchichero de éxito, si no cimienta su obra sobre cadáveres.

Pero la fama no es selectiva, y la juventud esforzada y ansiosa de alcanzarla haría bien en precaverse contra ella. Mientras que el fracaso es un manjar de señores, una aventura de aristócratas de la inteligencia, cualquiera puede triunfar. EL triunfo no requiere apenas merecimientos ni una preparación anticipada de la personalidad para recibirlo. ¿Qué virtud o qué carácter o qué cerebro se necesitan para abrazarse con entusiasmo a una herencia, a un sobresaliente, a un ministerio, a un premio literario o -lo que es más terrible aún- a un concurso de belleza o de televisión? Los requisitos del éxito son muy elementales, y ni siquiera hace falta buena salud para presidir un banco o tener chófer. El éxito es un instinto, un ansia, un impulso, y poco más; basta con dejarse llevar. VOLTAIRE resumió sus exigencias muy ajustadamente y con lenguaje asequible a las inteligencias de todos los ganadores: "Para triunfar no basta con ser imbécil, hacen falta buenos modales". Quizá esta segunda condición, con tanto rigor puesta, impida

que el escalafón de la victoria sea más numeroso en los tiempos modernos. Dos siglos antes, ERASMO DE ROTTERDAM había desarrollado con algún detenimiento la síntesis volterriana en su *Elogio de la locura*: "Gusta la Fortuna de los hombres de poca cordura y gusta, asimismo, de los que poseen mayor audacia, o sea de los devotos del *jacka est alea*; porque debo advertir que la sabiduría hace a las personas extremadamente tímidas, y por eso habréis observado que la generalidad de los sabios están pobres, héticos y hambrientos y viven oscuros, olvidados y sin gloria, en tanto que los estultos son seres a quienes les llueve el dinero, tienen en sus manos el timón del Estado y triunfan en todas partes adonde vayan".

El éxito es un objetivo raquítico y menestral, una teleología de lugareños y chicas de alterne. En la vida de los hombres inteligentes, el éxito no es un propósito sino una consecuencia, y nunca tiene demasiada importancia, como tampoco la tiene su contrario, el fracaso. Y es que muchos buscan el éxito pero sólo unos pocos valen realmente, y a esos les da lo mismo alcanzarlo; consideran un éxito haberse conocido. La diferencia entre el mérito y el éxito ya fue advertida por MONTAIGNE: "Muy a menudo he visto la fama adelantarse al mérito y rebasarlo en gran manera". El éxito es ideal de clérigo secularizado, arrebato de decano progresista y nostalgia de mamá de barragana.

En las postrimerías del siglo XX, la fama ha perdido sus contornos clásicos y se confunde con la publicidad, con la presencia repetida en los medios de comunicación. Ahora sí es posible engañar a todo el mundo durante todo el tiempo, y los triunfadores no son un ejemplo sino una diversión. "La principal función de las 'celebridades' -dice Hans Magnus ENZENSBERGER, el ensayista alemán de quien lo único que no resulta brillante es el apellido- consiste en establecer unas pautas, sino en su valor de entretenimiento".

Lo verdaderamente difícil y meritorio, hoy, es fracasar. Siempre habrá una boda para que se luzca el más gracioso de la clase, gritando melancólicamente desde el fondo de la sala: ¡vivan los novios!. Las sociedades modernas están organizadas de modo que no permiten el fracaso absoluto. Nadie está libre de un espectador y de un aplauso. Por ejemplo: hacer dos cursos en uno, estudiar dos carreras a la vez, aprobar dos oposiciones, militar en dos partidos políticos, conversar mientras se oye una conferencia, son logros que confieren al agente una aureola de triunfador. Nadie ha destacado nunca por ser normal y es menester que, desde muy pequeños, se empeñen los niños en cosas extraordinarias, si luego quieren ocupar las primeras filas y aun el escenario del gran teatro del mundo.

Un niño de dos años que solicita a su mayordomo el orinal y el periódico al irse a la cama, muy bien puede alcanzar la posteridad como filósofo joven. Un bebé que no sólo llora y mama -siendo eso mucho- sino que pone a la vez un disco con la mano libre, será un bebé respetado por su temprana habilidad para conciliar actividades distintas y no es inverosímil que llegue a gobernador civil. Conviene hacerlo todo simultáneamente y hacerlo en grandes cantidades, porque dedicarse al afán de cada hora no es competitivo; aunque vivir anhelante y morir loco -como le gustaba a NIETZSCHE- tampoco constituya un ideal.

¿Y cuál es el valor social de los vencedores? Los notables alegan en su descargo que ellos sólo quieren ser útiles a los demás y contribuir al mejoramiento del mundo mediante las obras de su ingenio. Que no están en "esto" -en lo que sea: política, literatura, periodismo, grandes almacenes...- por medrar sino por servir. Pero ninguno renunciaría a poner la firma al pie de sus producciones, porque no se trata de legar al mundo sus obras sino sus apellidos. No es casual que no existan triunfadores anónimos. Si todo lo que ellos quieren es que la humanidad mejore, ¿qué importancia tiene que los

necesitados conozcan a su benefactor?. Ningún pobre ha comprado nunca una biografía de la señora marquesa, para saber a quién debe agradecerle el cacillo de sopa y las albóndigas. Exhibir el cerebro, el poder o la fuerza, sin tino ni medida, es una impudicia. El canciller de Francia Francisco OLIVIER -a quien Montaigne tuvo por hombre de inteligencia y virtud no comunes, pese a conocerle superficialmente- decía de sus compatriotas: "Los franceses se parecen a los monos, que andan siempre escalando rama tras rama del árbol, hasta que, llegados a la más alta, enseñan en ella el culo".

Aunque triunfar no es imprescindible a ninguna edad, adquiere en la vejez carácter de compensación biológica por el agravio de los años. A los ochenta se conforma uno con cualquier cosa. Los héroes de veinte años irrumpen en la convivencia política con todo el futuro a sus espaldas, y les corre prisa demostrar que, a su edad, el alma está más insatisfecha que el cuerpo. Pero está comprobado que el alma es la parte menos exigente y de mejor conformar. Eso se aprende a los ochenta, cuando queda toda el alma por delante y todo el cuerpo por detrás. Por eso debe prevenirse a los jóvenes para que no triunfen jóvenes. Porque la naturaleza se venga de la precocidad. Conseguir demasiado pronto sus objetivos en este mundo -sea un cónyuge o una notaría- hace al hombre aburrido y monótono. Los que triunfaron jóvenes, como los asesinos, viven instalados en el lugar del crimen. Muy poca gente se enorgullece de la obra bien hecha, sino de la obra hecha prematuramente o en grandes cantidades. Un ministro de treinta años es más noticia que uno de sesenta, aunque a la postre los dos hagan lo mismo: decepcionar. Un escritor con cien libros tiene derecho a más titulares que uno con dos. Pero un poeta pasa a la historia por un único verso y un novelista por medio capítulo, en el mejor de los casos. No digamos un científico, que sólo permanece -si es que algún científico permanece-, por el título de la obra. Todo

lo demás es literatura. La inmortalidad ha de ser breve si queremos que quepa en los periódicos, tan necesitados de espacio para la publicidad; que es más importante que la posteridad, si es que ambas no son la misma cosa. La humanidad ha enloquecido, y trabaja únicamente para salir en los periódicos y en la televisión. Si no puede asomarse a los ecos de sociedad, trata de alcanzar las voces fugitivas de la crónica de sucesos.

¿Y para qué quiere usted el éxito, señor? ¿Para deslumbrar a su comunidad de vecinos? ¿Para que le besuqueen sudorosas mamonas y rñan gracias sin gracia monosabios y modistillas? ¿Para que componga su epitafio un diputado? ¿O acaricia, acaso, la intención de poner genuflexa a la Academia, que no tiene rodillas? ¿Es que entre todas las voluptuosidades posibles ha ido usted a fijarse en la más miserable, la que nos produce la aprobación ajena? ¿De verdad le preocupan las críticas de los demás, esa masa gelatinosa sin cerebro ni sentimientos, que mañana besará servilmente sus manos si usted tiene poder o dinero? Usted no puede decir en serio a sus hijos que persigue la posteridad. La posteridad es una simple cuestión de adjetivos, y no puede hacer de un hombre nada que un hombre no sea; en la mayoría de los casos, se limita a convertir a un tonto corriente en un tonto *cum laude*. Cada hombre es la medida de su propia grandeza y no hay por qué mendigar lo que de uno mismo depende. A Arturo SCHOPENHAUER -un genio que vivió obsesionado por el desprecio ajeno y el deseo de gloria y notoriedad, y que sólo logró romper la indiferencia general con una obra de divulgación- le cabían de esto pocas dudas: "Lo precioso no es la gloria sino merecerla. Todo ser vive y existe, ante todo, por cuenta propia; por tanto, principalmente en sí y por sí. Lo que un hombre es, de cualquier modo que lo sea, lo es primero y por encima de todo. La imagen de nuestro ser, tal como se refleja en los cerebros de los demás hombres, es algo secundario,

derivado, eventual, que sólo muy indirectamente atañe al original. Además, los cerebros de las masas son un local demasiado miserable para que pueda encontrar allí su asiento nuestra verdadera felicidad”.

El mundo es obra de los hombres vulgares. Para que dos docenas de mediocres presuntuosos tengan unas horas de gloria fugaz en sus biografías, son necesarios millones de hombres sencillos y valiosos que, *contra natura*, aplaudan acciones sin relieve o admiren cualidades de tratante de ganado. Yo soy el que crea a los grandes hombres; yo, el ciudadano común, monsieur Dupont, mister Smith, el señor López, que necesito diariamente un mito y un delito para sobrevivir. ¿Qué sería de una sociedad sin mitos? Y de eso se aprovechan los triunfadores, que viven convencidos de que les aplaudimos porque valen más que nosotros y no porque estamos aburridos y necesitamos bufones; porque los verdaderos soberanos del mundo no están dispuestos a perder la dignidad haciendo cabriolas en público. Siempre habrá gente inferior que baile para los auténticos señores de la historia. Hay que devolver su arrogancia a los habitantes de la guía de teléfonos; hay que excitar su orgullo de especie. Hacen falta cantores del género humano en su versión más modesta y cotidiana. Hace falta alguien que nos haga vivir erguidos por ser los creadores de dioses; que nos diga: “Pues bien, vaya al teatro, o al mitin, al ateneo, al estadio, a la revolución, pero no les aplauda, no aplauda a esos bellacos. Que sean ellos quienes se inclinen agradecidos ante usted, que les hace la merced de su tiempo y les honra con su atención”. Sólo entonces volverá el decoro a la vida pública y correrán despavoridos por la democracia nuestros jefes y nuestros educadores.

En todo caso, joven, triunfe si es que necesita triunfar, pero procure llegar tarde a la cita con la gloria. O, mejor aún, no llegue nunca y saboree el pan de cada día. Nada rejuvenece tanto como alcanzar con retraso el lau-

rel, si se exceptúa no alcanzarlo. Llegar tarde da vida: la propia vida. Un hombre inteligente que a los cincuenta años sigue sin tener más que expectativas, nunca sabrá que envejece. Decía RAMON GOMEZ DE LA SERNA que “lo que jalona la vida, lo que va revelando el tiempo que pasa, son los cargos, el escalafón, las vocalías, las presidencias, las citas a Consejo, las levitas, las medallas, las recepciones”. Es el triunfo que nos convierte en una respetable calavera.

La historia de la humanidad es una historia clínica. Muchos de esos que hemos dado en llamar grandes hombres -y a quienes debemos las catedrales y los patibulos, el pensamiento y la cocafna- estaban enfermos de la mente, del hígado o de los instintos; hacían la vida insoportable a sus familias, despreciaban a sus amigos más nobles y sembraban a su alrededor tanta desesperación, que mucha gente se pregunta si el mundo no hubiera podido pasarse perfectamente sin algunos de ellos. Al final de un juicio implacable sobre SHELLEY, el espléndido poeta inglés, que fue un hombre cruel y deshonesto, relata Paul JHONSON la siguiente anécdota: Un amigo que observaba cómo aprendía a leer el pequeño Percy, hijo heredero del poeta, exclamó: “Estoy seguro de que llegará a ser un hombre extraordinario”. Y Mary Shelley, la viuda y segunda esposa, y nunca primera en la larga nómina de amantes del exquisito ser, no pudo contenerse: “Quiera Dios, dijo con pasión, que llegue a ser un hombre normal”.

## B. PARTE PRÁCTICA

Ya no podrá ser ministro a los treinta años. Ni ganar unas oposiciones con el número uno de su promoción. Y cuando la Universidad escriba su historia de este siglo, él no vendrá mencionado como el catedrático más joven de España; con lo necesario que es para España el catedrático más joven de España, el temero de dos cabezas y

el chimpancé que interpreta a la armónica "El sitio de Zaragoza". No será el primero, no será el mejor. Sus padres olvidarían hablarle de las virtudes terapéuticas del fracaso, y seguramente no le enseñaron sus profesores a tratar con dureza a la gloria, esa vieja prostituta desdentada con la que tantos hombres se amanceban en la páginas de los periódicos. En ninguna escuela se enseña a ser el número dos o el doscientos, y de ellas salen los futuros dirigentes del pueblo, que tantas desgracias ocasionan. Nadie le dijo que "lo único de que es dueño el hombre es su propio corazón. La ventura y la desventura no son criterio para juzgar el valor de un hombre". CONFUCIO se lo hubiera dicho, pero no habían sido presentados.

Y ha muerto. Se ha ahorcado por un suspenso en matemáticas, que es una muerte tan absurda como morir en la carretera por un puente de fin de semana. Tenía catorce años, cuando las lagartijas y las vecinas con la nuca color de miel tienen más importancia que el triunfo o la derrota. Pero él no se daba cuenta. Alguien debió de dejarse abierto el libro de la selva por la página de los vencedores, y se vió a sí mismo, avergonzado, como el acomodador del gran teatro del mundo. Un acomodador, además, con las matemáticas suspendidas, y el latín, y otros frutos amargos. Pasar el resto de su vida - tenía catorce años, no hay que olvidarlo; una edad perfecta para amar al prójimo, si es que el prójimo se deja aceptando propinas de coristas y meri-

torios, traficantes y pervertidos, ignorantes corporativos y aristócratas sin graduación... Le pedían demasiado. El mundo ya tiene todos los premios Nobel que necesita, y nunca faltará un admirador de Marta Sánchez, porque la mayoría de la gente moderna se ha criado con biberón. ¿Por qué, entonces, no podían dispensarle a él del éxito o de la estupidez? Probablemente no quería ser un joven que promete. De mayor, probablemente, quería ser bombero, deshollinador, payaso o calvo. Precisamente calvo; lo mismo que quería ser TONO cuando era pequeño, y gracias a esa noble vocación logró morirse con ochenta y dos años, teniendo únicamente catorce. Pero no era llegado el tiempo de la vulgaridad. Y se colgó de una viga en el corral de su casa - en un pueblecito de Granada, que es tierra de tanto llorar - porque llevaba dos o tres cursos de retraso en la EGB. Como si dos o tres cursos de retraso tuvieran alguna importancia para ser calvo o titiritero. ¿Quién habla de victorias, muchacho? Sobreponerse es todo, había escrito RILKE para él ochenta años antes. Pero era demasiado tarde.

No se sabe si los pedagogos y los reformadores han ido a meditar junto a su tumba, o si una vecinita impúber le lleva cada mañana la flor de su mejilla, que es flor de temporada. No se sabe. Sólo sabemos que se ahorcó - tenía catorce años - y la España de la Exposición Universal prepara sus merecidas vacaciones de verano.